

***No era solo un beso.***

Es que no era *solo un beso*. Era el día en que, apiñada en el metro, noté cómo un extraño me desabrochaba los botones de la falda y tuve que abrirme paso en el vagón para librarme de él. Y aquel día, en la estación de autobuses de Murcia, en el que un anciano me puso una mano en el muslo simplemente porque pensó que tenía derecho a hacerlo. Ese beso también era la noche del guiri al que tuvimos que echar del piso cuando trataba de aprovecharse de Rebeca, que había bebido. No, no era *solo un beso*. Era hartazgo. Que no era *solo un beso* también lo pensaba ella, mientras colgaba las botas que le dieron la victoria en la final y colocaron una estrella en su pecho.